

EL GRAN OLVIDADO DE UNA PEQUEÑA HISTORIA

Arquitecto ABRAHAM SCHAPIRA

Dicen que Juan Martínez afirmó una vez ante sus alumnos que él no era arquitecto, sino pintor, haciendo con esta frase poca justicia a su gran talento arquitectónico reconocido nada menos que con el Premio Nacional de 1969. El tiempo, sin embargo, viene a señalar una omisión aún mayor, el silencio oficial sobre sus treinta años de vida dedicada a la formación de arquitectos que, lamentablemente, la universidad a quien sirviera con honestidad y consagración, tampoco supo recordar a la hora de su muerte.

Por haber vivido de cerca una buena parte de esa trayectoria universitaria, quisiéramos evocar aquí facetas inapreciadas, tal vez por inapreciables, de su magisterio, cuya última y más esclarecida etapa se inserta profundamente en la crisis docente de 1963 y el destino nacional de la profesión. Se rompe, así, cierto obstinado silencio en torno al tema, compartido por una amplia generación de sus discípulos que fuera transitoria o definitivamente desplazada de la enseñanza universitaria, con el justificante de que la propia desaparición de Juan Martínez y muchos otros protagonistas, pone, de manera póstuma, esa pequeña historia de un gran olvido, bajo la luz de la objetividad.

PRECURSO

Para entender la irradiación casi mágica del profesor Martínez en su cátedra de Taller de arquitectura, hay que remontarse a las fuentes de su propia formación juvenil, una fermentación de medio siglo entre la Secesión vienesa, la Deutsche Werkbund y el renacimiento de Bauhaus. En esa Escuela de Viena, con sólida tradición iniciada en Otto Wagner y rematada en Erich Mendelsohn, el joven arquitecto latino templa su notable vocación con maestros como Holzmeister y Sharoun, fijándose los rasgos de su madurez creadora. De muy atrás en esa línea proviene aquel racionalismo casi ascético, acotado de monumentalidad clásica que caracterizó su obra. De allí su rigurosa concepción funcionalista de la planta que terminaba expresándose mediante fuertes volúmenes, en una ampulosidad formal típica del movimiento racionalista pre-industrial,

atado aún al expresionismo germánico de principios de siglo. Un momento de exaltación de grandes experiencias creativas al margen de formulaciones teóricas, no la arquitectura como pensamiento, sino como apasionada motivación existencial.

Bajo esa vivencia, con su ya demostrado oficio gráfico y la característica bohemia señorial de los años 20 comienza la carrera de Juan Martínez en Chile, obtiene algunos éxitos fulgurantes en el plano internacional y se inicia como profesor de Arquitectura en el 31. El momento coincide con la primera revolución estudiantil en la existencia de la Escuela, un período de fuertes tensiones políticas en la Federación de Estudiantes de Chile y el anhelo de los alumnos de Arquitectura de romper el cinturón de hierro vitrubiano que estrangulaba la enseñanza, abriéndola al naciente racionalismo contemporáneo.

Si bien el rigor y la honestidad que identificaban su escuela de arquitecto de transición lo alejaban, en ese momento, de todo apoyo a una línea de protesta asumida bajo la simple imitación y seguimiento formal de Corbusier, absolutamente en boga entre los grupos progresistas de entonces, tampoco cayó en la tentación de otros académicos parapetados tras la autoritaria enseñanza de Beaux Arts, en defensa propia y del viejo orden reaccionario. Tal vez, esta etapa conflictiva que sólo un año más tarde lo llevara a la Dirección de la Escuela, fuera la de más difícil definición en conciencia, puesto que debía decidir entre un academismo agotado como sistema, pero con valores que él aún compartía y aquella utopía apostólica que por entonces constituían los planteamientos originados en la Carta de Atenas, carentes de toda sistematización a efectos didácticos.

Con objetividad, tacto y el buen juicio que nunca le engañaba en lo tocante a su propio oficio, Martínez supo imponer una paz de compromiso entre ambas fuerzas contradictorias y restablecer las condiciones de convivencia permitiendo, tanto a los estudiantes expulsados volver a las aulas, como a los académicos ofendidos reinstalar su magisterio por 10 o 15 años más.

A la cabeza de su propio Taller, Juan

Martínez mostró la imagen de un auténtico maestro, no de un pedagogo, quizás para serlo le traicionaba su apasionado protagonismo creativo. Podía perdonar a sus alumnos cualquier locura, menos la mediocridad. Su escuela no se proponía "enseñar a hacer arquitectura", no utilizaba ninguna metodología o instrumentación analítica del diseño, pero sí a descubrir la arquitectura y recrearla intensamente. Es verdad y de hecho, en todo el mundo se ha dado esta alternativa, pero al fin de cuentas tiene que haber un mecanismo didáctico que la haga posible y ese no es otro que una constante experimentación de tipologías tradicionales en el uso del espacio mediante esquemas históricamente dados o propuestos, la cual es crítica y por tanto, pedagógica, en cuanto a la eficacia funcional del esquema, pero absolutamente acrítica en lo que se refiere a sus determinantes socio-culturales, es decir, su propia razón de ser como respuesta arquitectónica.

REFORMA.

Cuando sobreviene la Reforma de 1946 el movimiento racionalista europeo estaba maduro y sobre todo, se había dado a conocer la primera gran experiencia de didáctica visual contemporánea: Bauhaus y su postulación hacia la nueva estética industrial. Simultáneamente, casi, descubriríamos los estudiantes chilenos tres grandes soportes teóricos de la arquitectura: tecnológico, estético y social. El Plan de 1946 rechazaba no sólo el contenido de la formación académica, aún vigente, por encontrarse al margen de nuestra realidad vital, sino la totalidad de sus estructuras pedagógicas y modos de relación humana en el proceso. Era, por primera vez, un planteamiento que, superando la anárquica contestación inicial, devenía alternativa coherente de un Plan de Estudios. Proclamaba el rol del diseño creativo como actividad central específica del arquitecto e intuía - más que formulaba - sus relaciones con las esferas técnicas y humanistas de la cultura profesional, apuntando, en todo momento, hacia una arquitectura integral comprometida con la sociedad chilena.

Como consecuencia de estos principios,

surgía una estrategia de aplicación muy compleja, a base de programas, métodos y correlaciones docentes que hoy, con 30 años de perspectiva aparece utópica. El problema fundamental de la Reforma consistía en que, una vez aceptada la integralidad del diseño - y de su correlato, el Taller - en tanto que síntesis dialéctica de tecnologías aprendidas, instrumentalidades manuales, educación visual, cultura humanística y experiencia de contacto social; éste debería acoger, de un modo sistemático y practicable la presencia de las disciplinas y profesores representativos de tales facetas, no sólo en la etapa de información previa o de crítica posterior sino, particularmente, en el mismo proceso creativo. Proyecto en apariencia, imposible, a menos de contar con equipos docentes de gran afinidad ideológica y metodología común, idóneos para llevar a cabo la coordinación y simultaneidad del trabajo didáctico. Parece ocioso recordar, además, que el profesor de Taller constituiría una pieza clave de tal equipo.

A pesar de sus limitaciones operativas, la primera década de la Reforma se caracteriza por el entusiasmo colectivo de la nueva experiencia y por la riqueza de los contactos humanos originados en ella, especialmente en la fase mal denominada "analítica" de los primeros años. Una generación profesional de alto nivel resulta no por casualidad, de la promoción estudiantil de ese período particularmente creativo, que no volvió a darse en el futuro. La segunda etapa, que culmina, como veremos, en 1963 con la renuncia colectiva del equipo de la Reforma, es la manifestación de la crisis, el agotamiento de las posibilidades de un esquema abstracto y su pacto docente, en choque frontal con la evolución universitaria y política del país.

En la formulación y puesta en marcha de esta Reforma de 1946, auténtica obra de cooperación estudiantil - docente, dirigida por el recordado Decano Don Hermógenes del Canto, Juan Martínez tuvo, ciertamente, poco que ver, como no sea el aparente obstáculo que para el carácter vanguardista de la experiencia venía a representar su sólida magistratura profesional y universitaria, a la sazón, ajena por completo a todo

intento de trabajo en equipo. De hecho, su Taller se mantuvo prácticamente marginado del idealista esquema de cátedras y departamentos convergentes que el nuevo plan postulaba. Aislado, pero no decadente, por el contrario, muy selectivo, sacando partido del perfeccionamiento de una línea conservadora de diseño rígidamente funcionalista pero, a la vez, libre de los extravíos formalistas folklorizantes en que cayeron otros talleres experimentales de nuevo cuño.

Así, durante aquellos diez años, como se ha dicho, los más fructuosos del proceso de cambio, el maestro no tuvo confianza en la Reforma, tolerándola como hecho inevitable o enfrentándola a veces, con ese escepticismo convertido en demoleadora ironía, rasgo inconfundible de su personalidad. Pero el tiempo y los acontecimientos cotidianos de este conflictivo período venían ya uniéndose o separando a la pequeña comunidad de arquitectura, poniendo en evidencia conductas, ambiciones, calidades humanas y real capacidad donde la había. Por encima de todo, él era un hombre honesto consigo mismo y con esa comunidad universitaria, como pronto quedaría demostrado. A medida que la Reforma libraba sus más difíciles batallas de supervivencia, redoblando el esfuerzo concertado de los jóvenes equipos docentes entre los que participaban libremente los estudiantes, iba desapareciendo en el maestro la desconfianza inicial, se operaba su cambio cualitativo de valoración y surgía, paulatinamente, ese mutuo sentimiento de respeto y amistad que sucede al descubrimiento cada vez más frecuente, de coincidir al mismo lado de la barricada universitaria.

CONTRARREFORMA

Por supuesto que lo esencial de esta alianza no fue la identificación ocasional, sino una situación concreta que reclamaba definiciones. Por aquel entonces, la llamada Reforma Universitaria, conducida desde la Rectoría de Don Eugenio González postulaba la "carrera docente", es decir, la formación y selección de profesores especializados en la función universitaria, con dedicación exclusiva a ella, lo que, al mis-

mo tiempo de corresponder a una reivindicación económica de los catedráticos, aseguraba a la Universidad una plantilla estable en docencia e investigación.

Pero nuestra Reforma de arquitectura había proclamado más de diez años antes, la "periodicidad de cátedras" como antídoto para el vicio de perpetuidad y herencia típicos de la institución tradicional. Por otra parte, la flamante tesis de "carrera docente" olvidaba que el funcionario de tiempo completo no ejerce su profesión, al menos en el caso de arquitectura y otras carreras instrumentales, tal vez con la sólo excepción de medicina. Y quien no ejerce, argumentábamos entonces, pierde la vivencia y el contacto con la realidad profesional, deviene teórico, abstracto, marginal y, no pocas veces, resentido. La medida beneficiaba, sin duda, a los profesores de ciencias y laboratorios y atentaba contra el oficio, destreza, ética y praxis profesionales.

Cuando la Facultad de Arquitectura quedó dividida en dos antagónicas y artificiales categorías docentes: por un lado, profesores científicos, personal de Departamentos y administrativos a jornada completa y por el otro, arquitectos que alternaban el pleno y muchas veces exitoso ejercicio de la profesión libre o funcionaria con algunas horas entregadas a la universidad por vocación personal más que interés económico, Juan Martínez no admitió dudas acerca de su definición: se alineó, como siempre, donde le señalaba su militante amor a la arquitectura, tal como la concebía, con mayúsculas.

En 1959, la ascensión al Decanato lo coloca ante una responsabilidad inusitada. La vieja Reforma con sus 13 años de actuación había hecho crisis, no por agotamiento de sus posibilidades pedagógicas o metodológicas, las cuales nunca llegaron a explorarse en profundidad y de hecho siguen constituyendo alternativas válidas en buena parte del mundo. No por caducidad de sus principios teóricos de base, sino por el empuje de una realidad nacional en vertiginosa transformación, abierta ya a los grandes acontecimientos político sociales que vendrían a sacudir a Chile en los años venideros.

En primer lugar, esta presión se manifestaba en la creciente demanda de matrícula a que se sometía la Escuela, fenómeno común a toda la Universidad, como reflejo del desarrollo económico y social de las capas medias de la población, que además de poner en jaque una estructura de por sí selectiva, en el caso de Arquitectura, amenazaba seriamente el principio de "simpatía pedagógica" el cual consideraba la más estrecha e individual relación docente-alumno durante el aprendizaje.

Por otra parte, la convergencia de toda la política habitacional chilena hacia los organismos del Estado, reforzada a partir de

Proyecto de Teatro Circo ejecutado en Taller Martínez por un destacado alumno del curso 1945: A. Elder. A su fuerza expresiva y su definida volumetría, no le resta mérito la evidente influencia estilística del Maestro. (fuente: Publicación del Centro de Estudiantes Facultad de Arquitectura U. de Chile 1946).

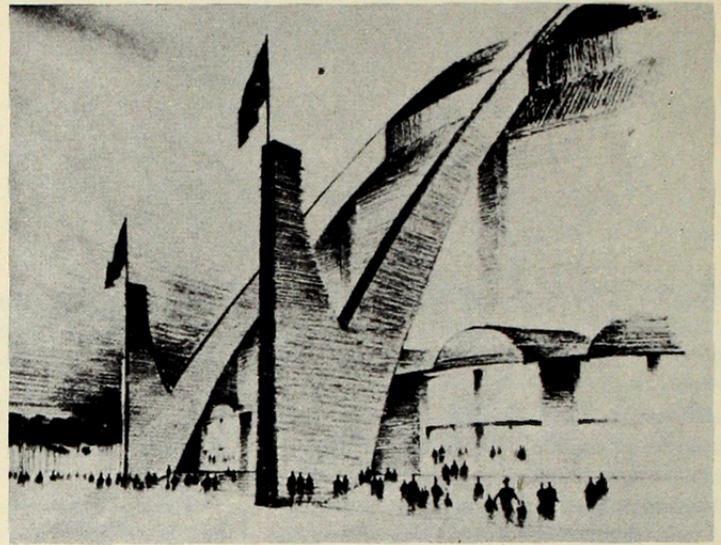
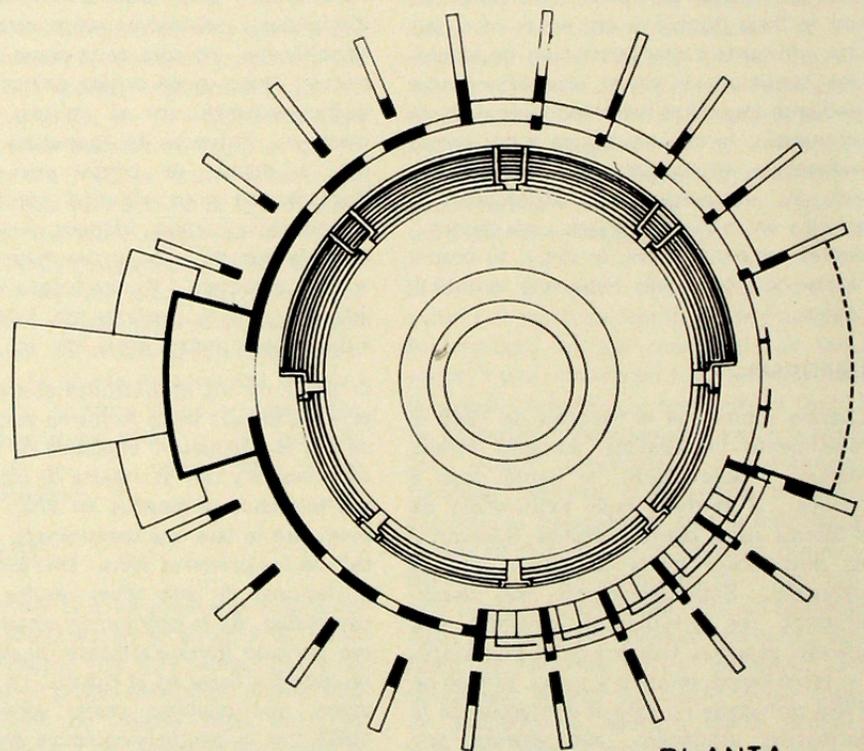
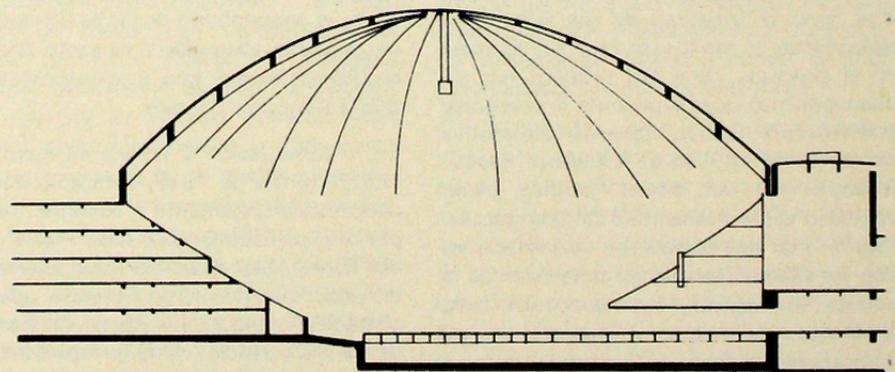


FOTO DE PERSPECTIVA



PLANTA



CORTE LONGITUDINAL

la administración Frei, estaba provocando una burocratización profesional en aumento, con fuerte demanda hacia otros campos hasta entonces olvidados de la arquitectura, como los de programación, planificación y control, tanto habitacional como urbanístico, los cuales superaban, con mucho, la formación proyectística del arquitecto integral proclamada por el Plan de 1946, al mismo tiempo que se interfería con otras profesiones como ingeniería, economía, etc, desdibujando los límites de su esfera de acción.

Se trataba, pues, de una auténtica crisis de las estructuras de enseñanza que reclamaba urgente revisión de sus fines y medios en función de nuevas solicitaciones.

Para esta tarea, Martínez se apoyó resueltamente en el equipo docente de la Reforma, esta vez, falto de un estamento estudiantil coherente, por hallarse éste muy dividido en la lucha política del momento. Diseñó una estrategia a corto y mediano plazo, que consideraba los pasos siguientes:

- a) Reforzamiento y autonomía de los Departamentos de Investigación de la Facultad, que de hecho, escapaban ya del control docente, iniciando la formación post-gradual de algunas especialidades a fin de diversificar el campo profesional.
- b) Aumento substancial de las plazas de matrícula mediante un sistema de selección inédito, asumido por la propia Facultad, descartando el tradicional bachillerato.
- c) Revisión, en profundidad, de contenidos y programas del Plan de Estudios para su readaptación.

Las dos primeras fases fueron arduamente conflictivas, pero la última, de índole auto-crítica, mostró al punto la profunda discrepancia que separaba al cuerpo docente de la Facultad de Arquitectura. La mayoría de los profesores y funcionarios de cátedras y departamentos científicos, luchaba ya por un planteamiento tecnocrático, que convertía la Facultad en un gran Politécnico formador de cuadros medios y especialistas de nivel universitario, cuyas vertientes discurrían separadas desde los primeros años, considerando al diseño como una especialidad más en el conjunto disciplinar.

Por su parte, el equipo de la Reforma, mayoritario, con Juan Martínez a la cabeza, daba la batalla por mantener una concepción integralista y unitaria de la profesión, que retenía al diseño en cuanto función central del arquitecto y formulaba las especialidades como derivaciones post-graduales de un tronco profesional común, tesis que mantenía los postulados esenciales de 1946.

La confusión ideológica en torno del alcance de ambos planteamientos y su consecuente falta de protagonismo estudiantil obscu-

reció el debate, dejando sin salida este pleito de la comunidad de arquitectos lo que, técnicamente, transfería la decisión al Consejo Universitario. Situación que no debió haberse producido, teniendo en cuenta la trascendencia profesional y gremial del contencioso, en presencia de otros organismos idóneos como el Colegio de Arquitectos, cuya opinión no llegó a oírse. Fue en ese momento cuando Juan Martínez, violenta e injustamente atacado desde algunos sectores de la contrarreforma, pero de algún modo, aún invulnerable gracias a su prestigio y estatura gremial, decide jugarse por entero, descartando la más elemental previsión política en protección de su cargo y prerrogativas. Sabemos que pudo haber buscado una fórmula conciliatoria, negociar con el Rector, recabar apoyo personal entre sus amigos del Consejo, adoptar, por fin, cualquiera de las fórmulas diplomáticas acostumbradas en su nivel de altas responsabilidades, pero nada de eso intentó. Idealista inveterado, convencido de su verdad y la del grupo mayoritario de docentes que él representaba; sobretodo, consciente de capitanear la defensa de la profesión y el destino futuro de la arquitectura nacional, como él la había practicado, entendido y honrado durante su vida, rehusó toda transacción y puso su renuncia personal como irrevocable consecuencia de cualquier rechazo. Tras de ella seguiría, por decisión unánime del equipo, la renuncia solidaria de 90 profesores y adjuntos de la Facultad.

Nunca sabremos qué fuerzas actuaron en la penumbra de los corrillos universitarios o qué reservas mentales silenciaron a los partidarios del Decano en el Consejo. El caso es que, el mismo día en que ese Consejo diera la espalda a la tesis mayoritaria de Arquitectura — sin aceptar, tampoco su contraparte — el Decano Martínez, esa alta figura ya legendaria de la arquitectura chilena con sus 35 años de docencia y la serena convicción de los justos abandona voluntariamente la Universidad, seguido de sus 90 discípulos.

Este último gesto de honestidad del catedrático es también el adiós a una larga vida creadora como profesional y artista, puesto que ya su vigorosa complejión física comenzaba a debilitarse. Y aunque seis años más tarde, el Colegio de Arquitectos de Chile le concede el Premio de Honor en tardío pero justísimo reconocimiento de su fecunda producción, la Universidad de Chile jamás vuelve a recordar a Juan Martínez el académico, ni a los principios que auténticamente simbolizara.

Ese olvido, extensivo también a un importante grupo docente de larga trayectoria universitaria y a todo el soporte doctrinal de la Reforma de 1946, no tiene sólo una connotación sentimental, sino influencia

decisiva en el devenir de la formación del arquitecto en los años venideros, hecho que, si bien excede de estas notas, merecería alguna consideración ulterior. Porque, una vez destruída la raíz misma de convivencia académica y estudiantil, la Facultad jamás recuperó su antigua organicidad, vegetando, hacia adelante, en el desarrollo cuantitativo de estructuras docentes y Departamentos incomunicados entre sí.

Los acontecimientos socio-políticos de la última década encuentran a esta Facultad carente de presupuestos conceptuales y capital científico idóneo para participar en una real política habitacional; sus egresados, salvo excepciones, no se muestran a la altura de las nuevas exigencias, en tanto que la profesión del arquitecto, como reflejo de un fenómeno universal, pierde paulatinamente su importancia en la configuración del entorno ciudadano.

Hoy día, lejos de la superación de esas condiciones, es preciso sumar dramáticamente la pérdida de la autonomía universitaria y un brutal deterioro económico del ejercicio profesional, que mantiene al gremio en real o disfrazada cesantía. No hay peor crisis para la vida de una Facultad, en comparación, las viejas querellas docentes devienen pequeñas historias desprovistas de importancia.

Sobre esta cruda pantalla, que muchos prefieren no mirar, la imagen de un gran olvidado se proyecta ahora con la desafiante luz de la verdad. La simple evocación de su apasionada existencia en cuanto artista y maestro, símbolo de consagración íntegra y desinteresada al noble oficio, viene a cuenta más que nunca, nos alcanza como relámpago de convicción y, sobretodo de esperanza en los valores con él compartidos.

Madrid, Mayo de 1978.